El sabor de la felicidad

CONFIESO QUE HE VIVIDO, MEMORIAS, por Pablo Neruda, Editorial Seix Barral. El siguiente comentario fue preparado especialmente para Visión por el crítico mexicano Salvador Barros.

La autobiografía de un poeta son sus poemas. En el caso de Neruda esta verdad se ahonda por el hecho de que en 1964 nos dio sus recuerdos poéticos en el *Memorial de Isla Negra*. Quien espera grandes revelaciones íntimas o políticas de este libro, que Neruda murió sin acabar y concluyeron su viuda y Miguel Otero Silva, quedará defraudado. Neruda es de lo

PABLO NERUDA
CONFIESO QUE HE VIVIDO
MEMORIAS

SEIX BARRAL

más pudoroso acerca de su vida privada. Respecto a la política no dice nada que no haya dicho con anterioridad –y mejor– en sus versos.

Neruda es tan grande poeta y su muerte ocurrió en circunstancias tan trágicas que nadie, cuando menos en México, se atrevió a decir que *Confieso que he vivido* no es lo que uno se había imaginado cuando, hace doce años, leyó sus primeros capítulos en la efímera edición española de *O Cruzeiro*. La culpa es de la muerte y no de Neruda. Apresuradamente se añadieron –aunque ninguna nota preliminar lo indica así– al manuscrito inconcluso recortes de los artículos que Neruda escribió para una cadena hispanoamericana en sus últimos años, y que no figuran entre lo mejor que salió de su pluma. De modo que en la segunda parte el libro parece avanzar a saltos.

Lectura necesaria: Peor hubiera sido quedarnos sin acceso a este testamento de Neruda. Hechas las anteriores salvedades, hay que decir que *Confieso que he vivido* es lectura necesaria para todos los que admiramos la obra poética de Neruda y debe tener un sitio especial en el sector de nuestras bibliotecas en donde atesoramos sus volúmenes de poesía.

Para todo ello es mejor leerlo en perspectiva y no pedirle al libro más de lo que se propuso darnos: un testimonio de lo que fue la conversación de Neruda y un buen acompañamiento para releer sus poemas, cosa que haremos siempre con provecho.

Los datos biográficos y bibliográficos de Neruda son bien conocidos. Yo mismo los he sintetizado en estas páginas en dos ocasiones: cuando obtuvo el Premio Nobel en 1971 y cuando murió en 1973. Así que no insistiré en ellos. Como todas las memorias de escritores o no escritores, las de Neruda nos proporcionan una enorme cantidad de hechos que con el paso del tiempo dejaron de ser chismes y se volvieron historia. Pero aun aquí el libro no saciará enteramente nuestra sed, y nuestra malignidad tendrá que buscar otras fuentes. Neruda, cuya grandeza despertó tanta envidia y encono, perdonó a sus enemigos. Su único resentimiento vivo en este libro es contra los cubanos que le dirigieron una famosa carta en 1966, condenándolo porque fue a leer sus poemas a los EE.UU. y recibió una medalla del gobierno peruano de Fernando Belaúnde.

Divertidas historias: Acerca de Vicente Huidobro, el único enemigo de su talla, Neruda cuenta historias muy divertidas. Huidobro padecía delirio de grandeza, al punto que cuando escribió un folleto contra el Imperio británico se perdió de vista tres días para luego presumir ante sus amigos de que lo habían secuestrado *boy scouts* ingleses quienes, haciéndole cosquillas, lo obligaron a gritar vivas a la reina Victoria.

Y cuando un tren cargado de intelectuales salió de París rumbo a España durante la guerra, Huidobro perdió una maleta. Nadie pudo hacerle caso. Enfurecido, fue a ver a André Malraux, jefe de la expedición, y le reclamó. Malraux, nervioso por naturaleza y con todo el cúmulo de problemas a cuestas, perdió la paciencia: "¿Hasta cuándo dejará usted de molestar a todo el mundo? Lárguese. *Je vous enmerde:*". Neruda tuvo el placer de contemplar la escena.

Pero reducir las Memorias a las querellas literarias o a los entusiasmos y decepciones políticas –poemas a Stalin seguidos de poemas contra Stalin, poemas a Mao seguidos de poemas contra Mao; si bien Neruda hispanoamericano al fin, ni siquiera después del pleito que tuvo con los escritores cubanos escribió nada contra Cuba– sería falsear la imagen de este libro y empobrecerla.

La felicidad: Pues si algo llama la atención en *Confieso que he vivido*, si algo atraviesa sus páginas y se sobrepone a los horrores, incluso al terrible final, es el sabor escandaloso de la felicidad.

Los poetas no suelen tener vidas felices. No es solo un prejuicio romántico la suposición de que la base de su arte es el infortunio. Pero Neruda, que en *Residencia en la tierra* nos legó los mejores poemas de la angustia hasta hoy conocidos en nuestro idioma, fue un hombre que halló el secreto perdido por nosotros que fuimos sus contemporáneos: la capacidad de disfrutar del mundo y de la vida y hacer de la poesía una celebración del hecho milagroso y misterioso de estar vivo en una tierra que conoce la miseria, la opresión, la maldad, la traición, la enfermedad, el envejecimiento, el desamor, pero también ofrece el espectáculo de la selva y el mar, el goce del amor, los sabores de la comida y el vino, el disfrute de la amistad, los placeres del arte y, sobre todo, la dicha del trabajo.

Neruda fue un hombre que se sintió feliz trabajando en lo suyo y nos dejó el ejemplo de lo que podrían ser nuestras vidas en un mundo distinto de éste que hemos construido. Quiso sinceramente que un día todos los hombres pudieran disfrutar de lo que él disfrutó. Y esa inmensa capacidad de gozar el mundo y entenderlo que hace tan luminosos sus poemas se comunica a sus Memorias, libro que nos llega desde la muerte para convertirse en un acto de fe en la vida.

El sabor de la felicidad [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El sabor de la felicidad [artículo]. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

Biblioteca Nacional Digital

INSTITUCIÓN

Biblioteca Nacional

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa